

LAS HORAS Y LOS DÍAS EN LA POESÍA DE JOAQUÍN LOBATO

/Las horas, los días, los meses, las estaciones y el tiempo climatológico/

Autor: Salvador Gutiérrez

La presente conferencia tiene un doble origen: por un lado la admiración y la curiosidad por la poesía y por la persona del poeta Joaquín Lobato, que me ha llevado, desde hace años, a reflexionar – siquiera de forma liviana e intuitiva- sobre el artista y sobre su obra y que culminó en la intención de escribir un pequeño artículo periodístico sobre una constatación –que creo había pasado desapercibida en los trabajos y artículos de las personas que se han dedicado en los últimos años a estudiar la obra del creador-: la abundancia de referencias, en toda su poesía –a veces, casi obsesiva-, al hecho temporal, es decir, a las horas, los días, los meses, las estaciones y el tiempo meteorológico. El segundo origen se debe al cariño que les tengo (y que creo que me tienen) a muchos de los amigos del poeta, que, en una especie de atraco a mano armada y sin piedad alguna –siendo ellos conocedores de mi timidez e inseguridad- me pidieron que convirtiera ese artículo en una conferencia. Y hela aquí. Un pequeño estudio hecho con el único objetivo e interés de que la obra de Joaquín sea cada vez más conocida, difundida y apreciada por mayor número de personas. Creo que una escritura tan singular, original, y, sobre todo, auténtica, debe estar situada en un lugar más destacado del que está en el panorama poético nacional. Por tanto valgan estas pobres e inseguras palabras para poner mi granito de arena en ese objetivo.

Evidentemente el tiempo, como concepto abstracto, entendido como paso del mismo, es una constante en toda la literatura universal. Junto con el amor o la muerte, el tiempo sea, quizá, uno de los temas que más han inspirado a los espíritus de los poetas y de la poesía. Pero con toda seguridad el tiempo concreto -las referencias a los días, a la mañana, a la tarde, a si llueve o hace sol o tormenta- es una temática o arma poética menos utilizada. No obstante la historia de la literatura está llena de referencias al elemento temporal y climatológico –ya sea en forma de símbolos o como elementos, reales, del decorado o paisaje del poema-.

Cuando se hace una lectura –más o menos profunda- de la obra del artista veleño lo primero que nos llega y seduce de la esencia de la misma, de sus temas, de su filosofía y de su espíritu es ese canto arrítmico a la nostalgia de la infancia perdida, a los juegos, al teatro, a la quincallería ingenua, almibarada, barroca y hollywoodiense de los extrañamente felices años 50 en un pueblo del sur de España (quincallería mirada con la sensibilidad de un pequeño burgués); o el recortable, como símbolo de la trastienda de la poesía de Lobato: un arte pop al estilo veleño (nuestra versión Teatro del Carmen y Plaza San Francisco de un Warhol neoyorquino), “una nueva sentimentalidad” hecha de estampas y recortables de futbolistas y de toreros con amor por la palabra exacta, palabra de Vélez, del sur, del mediterráneo. Y sin embargo muy poco nos llegaría de un elemento que a mí me parece decisivo y que envuelve toda su producción poética: el elemento de las horas del día, el de las estaciones, el del tiempo climatológico.

Las referencias al tiempo, a las estaciones y al clima en la poesía de Lobato tienen, ante todo, una importancia cuantitativa: la inmensa mayoría de sus poemarios están salpicados, generosamente, de las referencias mencionadas. Esta es un constatación

objetiva que más tarde analizaremos y precisaremos –incluso contablemente-. En ese sentido sin haber realizado una labor de estudio comparativo, sino guiado por mi experiencia de lector de poesía, me atrevería a decir que estamos ante uno de los poetas españoles de las últimas décadas que más han empleado el elemento temporal en su obra. Sea como fuere lo cierto es que Lobato atiborra de poemas de tiempo la mayor parte de sus libros y eso es, sencillamente, lo que pretendo exponer y destacar en esta charla, sin más objetivo que el de aportar otro elemento más para estudiar y conocer la obra de Lobato.

Pero además, dichas referencias tienen una importancia cualitativa, porque a pesar de que la temática principal en su obra sea otra, hay que destacar que en algunos de sus libros el tiempo es decisivo para la construcción y el entendimiento de los mismos, con lo que nos encontraríamos con un elemento no tan secundario en su poesía como a simple vista pudiera parecer. En ese sentido me gustaría demostrar cómo el elemento temporal se convierte en sustrato poético indispensable en algunos poemarios y en el conjunto de su obra.

Joaquín Lobato tiene publicados desde su primer libro en el año 1967, hasta hoy mismo, en el que se presenta su último poemario, un total de 11 libros de poemas. Para empezar de esos 11 libros, 2 tienen en su título una referencia temporal: *Atardece el Mar* y *El Aroma del Verano en el Vuelo*. Teniendo en cuenta la importancia de un título, como escarpate de lo que encierra dentro ese poemario y como esencia y símbolo de la temática predominante en el conjunto de una obra, no es descabellado afirmar que 2 de 11 (en la diversidad y heterogeneidad que normalmente compone una obra) nos pone sobre la pista de la importancia del tiempo en toda su poesía. Y concretamente nos pone sobre la pista de la importancia de la tarde (de la que más tarde hablaremos).

De los 11 poemarios 7 tienen la mitad o más de la mitad de sus poemas con elementos temporales (los 4 restantes tienen menos referencias pero en proporción al número de poemas suponen también un número considerable) Además no hay ni un solo poemario que no contenga alguna referencia al tiempo.

Sin embargo la que podríamos denominar “La Trilogía del Tiempo en Lobato”, por lo que tiene de importancia y de reiteración, es la siguiente: *Atardece el Mar*, *Aquellos Ojos Verdes* y *El Aroma del Verano en el Vuelo*. Muy seguida de *Metrología del Sentimiento*, *Infártico* y *Primera Antología de Cosas*.

Pero precisemos: el libro de Joaquín, que más referencias temporales tiene, en proporción al número de poemas es *Atardece el Mar*. De un total de 44 poemas, 30 tienen referencias temporales, sin contar que el resto, indirecta y sutilmente, está haciendo alguna mención al elemento del tiempo, con lo que nos encontramos que, prácticamente, el libro entero tiene una clara alusión al tiempo, de ahí, evidentemente, su título.

En ese orden numérico de importancia le sigue *Aquellos Ojos Verdes*. De 54 poemas sólo 21 no hacen mención –directa- al tiempo. Es decir, 33 poemas sí están haciendo referencias a los días, a las estaciones, al tiempo atmosférico, y en muchos de esos poemas hay hasta 4 y 5 referencias; a veces en tan sólo 3 versos hay 3 referencias temporales distintas (por ejemplo el poema de la página 21: “me prestó una sola vez su bicicleta de carrera un domingo por la tarde de febrero”).

De los 30 poemas que constituyen *El Aroma del Verano en el Vuelo*, 15 ó 16 (según lo analicemos) tienen referencias al tiempo, es decir la mitad o más de la mitad. En *Metrología del Sentimiento* de 31 poemas, 16 tienen aspectos temporales, es decir, más de la mitad.

En *Infártico* de 35 poemas 15 ó 17 (según seamos más o menos generosos en la selección del elemento temporal) tienen dichas referencias; casi la mitad.

Prácticamente la mitad de los poemas de *Primera Antología de Cosas* hacen referencia al tiempo. De 35 poemas, 17 tienen connotaciones temporales.

Entramos ahora en los poemarios en los que el elemento temporal tiene menos importancia tanto a nivel cuantitativo, como cualitativo (aunque de este nivel habría que excluir a *Poema del Sur*, y *Farándula* y *Epigrama*). No obstante las referencias numéricas siguen siendo importantes en todos estos libros. En *Portafolio de Roma* de 25 poemas, 10 tienen referencias al tiempo. En *Poema del Sur* de 24 poemas, 8 referencias y en *Farándula* de 13 poemas, 5 referencias.

A continuación tendríamos los libros en los que el tiempo tiene menos importancia, tanto en número, como en significado: *Dedicadas Formas y Contemplaciones*y *La Careta*, en la que sólo encontramos una referencia temporal. Sin embargo hay que reconocer que uno de los poemas de *Dedicadas Formas* (el dedicado a Evaristo Guerra) es un prototipo de la pasión del artista por el elemento tiempo y concretamente por el elemento de la tarde. En este poema aparecen elementos que se repetirán a lo largo de toda su obra. Dice un verso: *La tarde. Siempre la tarde. Ay, la tarde.* Pero además aparecen: abril, mayo, el verano, la hora del pan y la onza de chocolate, los colores de la mañana, las pasas de septiembre, el invierno, la mañana (de nuevo), las diez de la mañana, la novela de las cinco. Es decir, que en uno de sus libros de menos poemas con tiempo, nos deslumbran todas estas referencias, lo que nos demuestra, una vez más, la importancia, en todos los sentidos, del tiempo en su obra.

Pero adentrémonos en cada uno de sus libros y estudiemos, en cada caso concreto, la importancia y el significado del elemento temporal. Empezaré por esa llamada "*La Trilogía del Tiempo*". En *Atardece el Mar*, el elemento temporal es decisivo, como hemos dicho, ya desde su título, un título, que en el fondo, es una imagen pictórica – como gran parte de su obra. Una especie de breve haiku- Lo primero que llama la atención es que el primer verso del libro tiene ya una referencia: "Ya en la tarde se cimbreaba el perfume de los aires de septiembre" (aunque habrá libros donde el comienzo con una referencia temporal tenga un significado mayor). En este libro es donde el tiempo adquiere una dimensión más profunda y más compleja. El tiempo de *Atardece el Mar* es un tiempo subjetivo, simbólico, que expone un determinado estado de ánimo. No es un tiempo nostálgico, ni de recuerdo (no es el tiempo de *Aquellos Ojos Verdes*, ni de la primera parte de *Infártico*, donde el tiempo es un tiempo real y vivido anteriormente). Aquí es el tiempo de un hombre y de un mar –que bien pueden ser lo mismo- Es el tiempo de un hombre maduro, que toma conciencia de su lugar en el mundo (quizá también de lo hecho y de lo no conseguido). En ese sentido es un tiempo de melancolía. Es el tiempo en el que el poeta/el mar comienza a atardecer. Es un tiempo en el que el poeta se da cuenta de que el tiempo (el otro tiempo) ha pasado y que la vida se ha escapado sin regalar lo que prometió en una infancia y en una juventud feliz. Es el tiempo de las tardes solitarias del mar en invierno "Es Navidad y nadie viene

a visitarte”, o el de “Extraña la tarde que paseo nubladísima frente al mar en calma”. Es el mar/el poeta que llora por las noches: “Sería terrible saber que lloras por las noches, oh mar”. Es la tarde fría, la tarde nublada, o es este verso “el tamaño de la tarde se hace impronunciado” o el de “en las brumosas tardes de todos mis inviernos”. Este estado de ánimo de melancolía, de olor a derrota anticipada del mar y del poeta (de hecho hay un verso que dice que es pronto aún para la tristeza, pero que sin embargo acude cenagosa) transcurre en el otoño y en el invierno (octubre, noviembre, diciembre, Navidad): un escenario acorde con esa tristeza vital del poeta que viene –según mi criterio- a ser testigo de una cierta conciencia del fracaso ante la vida cuando uno se sabe ya maduro para seguir cumpliendo los sueños. (Lectura del poema de la página 33. El poeta siente miedo de la noche, de la vejez y del fracaso vital, de una vejez y de un fracaso que llegarán sin armas para defenderse.) No obstante en el poemario hay un tiempo que no es simbólico, ni subjetivo, ni anímico, sino que es un tiempo real y nostálgico. Este tiempo sucede en agosto, en verano, al mediodía, pero en el cómputo global del poemario se reduce tan solo a dos poemas.

El tiempo de Aquellos Ojos Verdes es un tiempo real –un tiempo que ha vivido y que ha disfrutado y sentido el propio Joaquín Lobato- Es el tiempo de la nostalgia de la infancia. Es un tiempo amable y juguetón.

El tiempo del El Aroma del Verano en el Vuelo es un tiempo también real, pero este tiempo ya no es nostálgico, ni de recuerdo, sino un tiempo de sufrimiento. Este es un libro que está escrito durante su larga estancia en el hospital y se convierte en una especie de diario del sufrimiento y de la enfermedad. Ese diario pormenorizado se manifiesta claramente en versos como este: “Estoy aquí, en un hospital de la Axarquía, un día 7 de mayo de 2003 y puede llover”(una referencia al tiempo, aquí, minuciosísima). Ese tiempo transcurre a final del abril y durante mayo –mes de las cruces, como dice en otro libro- Es un tiempo de noches desveladas e incómodas, un tiempo de noches en las que desde las ventanas del hospital se ven las estrellas, de tardes en las que no acuden los pájaros a la ventana del hospital, o en el que abre por la mañana la ventana para librarse de las hieles endulzadas de un cuarto de hospital. Es decir, no hay nostalgia, ni simbolismo en esas noches, tardes o mañanas, son solo el paisaje que puede ver desde una ventana de hospital. Es decir, aquí el paisaje es el tiempo, porque poco paisaje se puede ver desde la ventana del hospital comarcal, sino el del tiempo y el de la imaginación

Y, de nuevo, el libro se inaugura con una referencia al tiempo, en este caso a un mes: a abril. (Lectura del poema de la página 11) Este es un poema de inversión de valores. Lo que se van siempre son los meses y no las ciudades. Y en este caso lo que se va es París. Porque para el poeta no es tan importante que las cosas se vayan como que no se haya estado en ellas nunca. Abril subsume a París. Porque lo que viene a decirnos Lobato es que en Abril nunca ha estado (igual que tampoco ha estado en París, pero al fin y al cabo París es una ciudad, sólo una ciudad) Estar en abril, es decir, estar en el tiempo, disfrutar del tiempo, y por tanto de la vida, es lo realmente importante. No es París la ciudad que el poeta no visita, la que no ha visitado –y parece que no va a visitar jamás- es la ciudad de la vida.

En el Aroma, además, existe un tiempo que acompaña a ese vuelo de la imaginación, unas noches y unas tardes que acompañan al vuelo de la imaginación para escapar de esa cárcel que es un hospital.

El tiempo en su primer libro *Metrología del Sentimiento*, también es decisivo, concretamente la noche, que se convierte en el gran referente del poemario, es más, el poemario se desenvuelve y se desarrolla en la noche. Es una noche emocional. Es la noche del alma (el alma de un joven adolescente). La noche como símbolo de la soledad y de la falta de amor del adolescente poeta. En este libro el tiempo no tiene las connotaciones sensitivas de sus otros libros, en el sentido de tiempo como elemento de la naturaleza, que se deja sentir casi de una forma material (la tarde fresca, el nocturno julio, las templadas primaveras, las tardes soleadas de invierno), sino que tiene un trasfondo emocional. Pero aquí el tiempo es importante porque al ser su primer libro nos está dando la clave de la importancia futura del tiempo en el resto de su obra. En ese sentido el poeta podría haber elegido otro símbolo para expresar su dolor y su angustia juvenil, pero escoge la noche. Y así nos encontramos con versos que dicen “Sólo queda la noche”, “Sólo en una noche tan negra”, “en la interminable noche”, “llévame donde la inmensa noche se acaba y donde empieza el amor” (es decir, la noche como lo contrario del amor), “un crepúsculo de asco”. Este poemario también transcurre entre el otoño y el invierno, y dice “mañana no habrá primavera. Será otoño, invierno”.

En su segundo libro, *Primera Antología de Cosas*, el tiempo y, concretamente la noche, sigue teniendo una presencia importante, no en vano el primer verso del libro dice “yo pregonó mis versos esta noche”. Es un libro también de noche y de tristeza, pero esa noche y esa tristeza ya tienen que ver más con el mundo exterior que con su propio mundo interior (no olvidemos que hay referencias a la guerra de Vietnam, al asesinato de Luther King). En ese sentido la referencia a las cosas no es más que un comienzo de apertura al mundo y a la conciencia de ir creciendo como hombre y como poeta (es un libro donde va buscando ya una voz personal). De alguna manera este sería un libro de transición y el tiempo mezcla la simbología emocional del primer libro, con un tiempo real, un tiempo que es conciencia de la realidad que lo circunda. (Además estamos ante algunos poemas claramente inspirados en el surrealismo de Poeta en Nueva York y su tiempo, por tanto, es surreal)

Infártico: Lobato ha encontrado ya su propia voz. Libro complejo. Y por tanto el significado del tiempo también es complejo. En la primera parte del libro es asombrosa la abundancia de referencias temporales, de 7 poemas 5 tienen referencias al tiempo. Este es un tiempo muy parecido al de *Aquellos Ojos Verdes*: un tiempo de nostalgia y de recuerdo, pero con un matiz diferenciador el recuerdo es agrídulce, es el tiempo de una infancia marcada por la religión mal entendida, la falta de libertad, por la educación miope y por la mediocre beatería. Y dice “las muy devotas tardes de mayo”. En la segunda parte, unos poemas de tono existencialista, el tiempo ocupa un lugar secundario, y en la tercera parte *Estuche y Alcanfor* el tiempo refuerza el contenido de nostalgia y de recuerdo, pero tampoco llega a ser el tiempo amable y sensitivo de *Aquellos Ojos Verdes*, sino que es un tiempo que descubre cierto esperpento de la época: “Olegario se ha vestido esta tarde de Charlot, pintorreándose los bigotes”

En *Portafolio de Roma* el tiempo juega un papel secundario, en detrimento de la luz (y del rosa de los mármoles), pero la noche romana vista y sentida desde alguna terraza de algún café de la ciudad eterna y los amaneceres de esa ciudad, adquieren un protagonismo de tiempo realmente vivido. Es decir, *Portafolio de Roma* es una especie de diario de viaje, de un viaje realmente producido y experimentado por el propio autor, aquí es el tiempo de la vida vivida el que entra en juego, es el tiempo físico, sentido del

placer de vivir. El tiempo, en este libro se situaría, por tanto, en las antípodas de Atardece el Mar o de El Aroma del Verano en el Vuelo. El tiempo de Portafolio es el tiempo más carnal, más sentido de todos sus poemarios.

En Poema del Sur, Lobato, habla de una manera genérica y abstracta de una Andalucía mítica, en ese sentido el libro contiene muy pocas referencias temporales, sin embargo es en el momento en el que el poeta deja la abstracción y baja, de nuevo, a la memoria personal –a la infancia y a la autobiografía- cuando el tiempo, de nuevo, cruza, de forma generosa los poemas. Y así nos encontramos con estos versos que bajan de lo mítico a lo personal de una forma drástica: “La matanza de hormigas por la tarde y el canto del gallo por la noche”. Es, además en el momento en el que el poemario deja ese tono genérico y abstracto cuando el poeta se atreve a decir que “Andalucía tiene sus cosillas” y es en esos instantes cuando surgen referencias temporales como “soles de marzo y lunes de abril”, o “debajo la tristeza de la tarde y arriba, allá encima en lo más alto el hoyo de pan con aceite”. El poemario acaba con un cuento breve (un cuento que es, en todos los sentidos, una historia genuinamente veleña y que bien pudiera pertenecer a Aquellos Ojos Verdes) De nuevo, después de lo mítico, el poeta baja al suelo y el tiempo se desparrama en referencias a “las tardes”, “la novela de las cinco menos cuarto” (no la de las cinco en punto, ni la de las seis, sino la concretísima hora de las cinco menos cuarto), o la referencia “a las 7 se marcha al Rosario”.

En Farándula y Epigrama nos encontramos con una dimensión del tiempo que no hemos visto anteriormente (y que quizá sólo se repita, después, en Aquellos Ojos Verdes), es decir, la tarde como el momento de comienzo de las funciones de teatro y del cine: la tarde como el momento mágico donde se inicia la inmersión en la oscuridad de un cine o de un teatro para sumergirse de lleno en la imaginación y en los sueños; una dimensión de la tarde muy parecida a la que nos encontramos en otros libros, cuando ésta es el tiempo de ponerse alrededor de la mesa del brasero y de refugiarse del exterior y de la inminente noche dentro del útero del hogar.

El tiempo de Farándula –a pesar de que en él haya cierta remembranza y autobiografía-, no es el tiempo nostálgico de Aquellos Ojos Verdes, ni el tiempo de cierto resentimentote Infártico, sino que es un tiempo marcado por el esperpento, no en vano el poemario está envuelto de farsa y de teatro.

Me he permitido el lujo de detectar en la obra de Lobato lo que denomino como poemas inaugurales del tiempo, es decir, aquellos versos que por su contundencia, expresividad y fuerza marcan la importancia del tiempo en su obra.

El primer poema inaugural es el número 7 de Infártico, que dice: “Decir que mi cuerpo está hecho de tristísimo noviembre nacido un día de julio alrededor de las primeras horas de la noche”. Estas referencias temporales tienen una importancia clave en el resto de su obra. En el poema se contraponen dos estaciones, una de ellas es de la que está compuesto su espíritu poético, el otoño, concretamente el mes de noviembre; y la otra estación es de la que debería estar compuesto su espíritu y su cuerpo real, es decir, el verano, concretamente el mes de julio, cuando nace. La alegría del verano es el elemento vital que debería poseerlo, de alguna manera le pertenece por nacimiento, pero su cuerpo, lamentablemente, está hecho de noviembre, quizá, entre otras razones, porque nace en las primeras horas de la noche, el momento de un día que más se asemeja con el otoño y con el terrible invierno. El poeta, por tanto, para contarnos su descuartizamiento vital, su fragmentación entre la alegría y la tristeza, entre la vida y la muerte recurre a un elemento temporal.

El otro poema inaugural también se encuentra en Infártico y dice “me duelo echándome a los hombros el almanaque y sus fechas”. Aquí nos encontramos a un Lobato, especie de redentor del mundo, echándose sobre sí todo el peso del tiempo (igual que redentor es en su primer libro cuando dice “escogido estoy para el dolor”). Cuando una persona, -un poeta-, elige ser redentor, el motivo de esa redención –en este caso el tiempo- debe significar mucho para ella.

La tarde es el gran espacio temporal en el que se desarrolla la obra de Joaquín Lobato. Ya hemos visto que la tarde es el lugar de la melancolía, de la conciencia del fracaso y de la madurez, el momento de la imaginación, pero también es ese momento donde todo es incierto y, por tanto, donde todo puede suceder. Así, dice: “entrar con la tarde por marzo y pedir al instante una cajita”, (aquí se refiere a bajar a la tienda que había debajo de su casa: Doña Carmen a coger cajitas de cartón para sus gusanos de seda). Las tardes son donde suceden cosas: “en tardes de triduos y septenarios”, “en los atardeceres cuaresmales de mi infancia”, “en tardes veniales y de piardas”, es decir, la tarde es ese interregno en el que ya se ha dejado atrás las horas del duro colegio y aún quedan unas horas de sol antes del crepúsculo y de la noche, y entonces la vida –sin responsabilidades y sin miedos- sucede. “A las cuatro menos cuarto puntual en la taquilla”

La tarde es también el momento en el que la familia se reúne alrededor de la radionovela o en torno al brasero para contar historias, es decir, la tarde como ese momento único de protección familiar, de acomodo uterino frente al mundo hostil de fuera (con noches, con lluvia, con tormentas y en donde el poeta puede salir zaherido en su sensibilidad)

En ese sentido el clima hace verdadera mella en la sensibilidad del artista: las cálidas primaveras o las tardes frías de invierno van a inclinar la balanza del poema hacia un estado emocional u otro. De hecho es curioso observar cómo hay poemas que se convierten en auténticos partes meteorológicos. En un solo poema, además, Lobato puede decirnos que abajo está atardeciendo (sólo abajo, en el hogar, al calor de la protección familiar aún no está atardeciendo), que estamos a 18 de octubre y que casi puede llover. Pero también hay poemas en los que nos enteramos de que estamos en un cine de verano, de noche, a las 9 y cuarto y que es agosto. Hay veces en el que el poema plantea una gradación temporal pormenorizada: la verbena comienza cerca de al tarde y acaba por la madrugada (y en ese intervalo nos deleita con todos los matices temporales posibles). En su primer libro, en el poema Éxtasis Primero, nos sitúa al caer de la tarde y nos sitúa también por la noche, y por la madrugada y al alba y al inicio del día, es decir, el poema nos narra las distintas posibilidades del tiempo desde el atardecer hasta el día siguiente. En ese sentido el poema de la página 51 de Aquellos Ojos Verdes es un ejemplo soberbio de lo que estamos diciendo: desde la 4 menos cuarto puntual en la taquilla, hasta la frágil humedad de la noche, hasta remover de nuevo el ascua del brasero, Lobato nos ha conducido de forma magistral por el tiempo y por el clima de un domingo por la tarde hasta las altas horas de la madrugada del lunes.

El entretiem po es otro de os espacios temporales que marcan la poesía de Lobato. En Aquellos Ojos Verdes, el libro donde el tiempo se expresa de manera más física, como un elemento más de la naturaleza, el entretiem po es muy importante y tanto es así que el libro se inicia con unos versos que recuerdan la alegría de llevar puesto su primer chaleco de lanilla burdeos, es decir, el chaleco como prenda de entretiem po por

excelencia. Otros versos dicen “en esta tarde fresca de a último de septiembre remonto a los años míos de porcelana y de corbata”. O estos otros: “y las muchachas salían de la misa de doce vestidas de entretiempos”. El entretiempos encierra dos significados claros, por una parte es una época para recordar, para remontar río arriba de la nostalgia y por tanto para internarse en la poesía. Y en otro sentido el entretiempos es una época de felicidad, de sensaciones agradables, de aspiraciones –que aún se pueden realizar-

Y siempre la lluvia a punto de caer. “Y casi puede llover”, o “yo leía algunos sábados de invierno sentado en la ventana de mi balcón con cierta lluvia íntima detrás de los postigos”. No es que haya indicios objetivos y evidentes de tal hecho atmosférico, sino que es una apreciación subjetiva. El poeta, si quisiera, haría que lloviera. La lluvia en su poesía, por tanto, no es real, es opcional, es “cierta lluvia”, son “tardes medio lluviosas”, es una lluvia “íntima”. En el fondo, Lobato está sumando más melancolía a la melancolía, es decir, es más melancólica la tarde cenicienta (la tarde parda de Machado), que la tarde de lluvia torrencial. Esa medio lluvia encierra y acomoda más al poeta en ese útero maternal del otoño. “Los días nublados tienen su hermosura y uno se recluye oyendo una romanza... y la lluvia está a punto de caer”. Siempre a punto de caer.

La obsesión de Lobato por el tiempo llega hasta el extremo de anunciarnos las horas exactas a las que ocurren las cosas –como hemos dicho las cosas ocurren a las 9 y cuarto o las 5 menos cuarto- Esta obsesión no sólo tiene su origen en una cierta necesidad de ritmo interno del verso, sino en la necesidad de pormenorizar y, por tanto, perpetuar las horas. Las cosas que le ocurren al poeta, le dejan tanta huella, que recordar la hora exacta es algo primordial, como manera de reforzar la experiencia vivida.

El verano, el buen tiempo, el sol, el hedonismo, la alegría de ese tiempo es la verdadera vida para Lobato, pero con dos restricciones: la primera es que todas esas cosas sólo ocurren en la infancia únicamente, “era el verano vivir”; la segunda es que en la contemporaneidad del poeta sólo le ocurre –la vida, el verano, el sol- a los demás. En *Atardece el Mar* dice “el sol y las muchachas”. En ese poema, concretamente, nos da a entender que la carnalidad del sol y de los baños en la playa, el gozo del verano sólo le ocurre a las muchachas. Para él sólo está reservada la tarde. Nunca tomará el sol, nunca se dará un chapuzón carnal en el mar. Nunca se meterá del todo en la vida.

En definitiva y concluyendo, las referencias temporales en la obra de Lobato, por su abundancia, reiteración, variedad de significados, matices y sugerencias, son de una importancia extraordinaria en el conjunto de su obra. Y lo es porque nos encontramos con un poeta de una sensibilidad finísima, al que los matices del tiempo, los colores de las horas, como partes indisolubles de la naturaleza, le pueden hacer verdadera mella en su espíritu. De la misma manera que existen poetas en donde la palabra y su juego, la indagación psicológica o la reflexión filosófica adquieren una gran importancia, en la poesía de Lobato será la naturaleza hecha tiempo la que mueva a su voluntad poética. De ahí que al ser una poesía que prescinde –en gran parte- de abstracciones y de reflexiones filosóficas, con un espíritu poético muy sensible detrás, el resultado es una obra que canta a la realidad y a lo que el tiempo tiene de naturaleza, en el sentido de que el clima, las horas, las estaciones son, quizá, la parte más sutil de esa naturaleza, por tanto un alma suprasensible como la de Lobato está más dispuesta a captar esos elementos y transformarlos en material poético.

En ese sentido hay que concluir que esa naturaleza –llena de tiempo- está mucho más presente –por esa extrema sensibilidad de la que hablamos- cuando se trata de libros y poemarios más autobiográficos o emocionales. Es decir, a más biografía más elementos temporales; a menos biografías menos referencias temporales.

Aún podríamos indagar sobre cuánto de elemento inconsciente y cuánto de consciente hay en esa obsesión por el tiempo en su obra, pero eso lo dejaremos para otra ocasión o para otra persona.

Me resta sólo que hagamos un experimento silencioso y personal: preguntarnos qué serían de las estampas de la infancia en sus libros sin que las frescas mañanas, las noches caídas de julio o las tardes nubladas acudieran a las líneas de alguno de sus poemas.

Pero como el tiempo –el otro- se nos echa encima lo experimentaremos –si les parece- en otro día, algún mes de diciembre, en torno a un brasero, a las seis menos cuarto de la tarde, con una cierta lluvia íntima detrás de los cristales.